

Tras la retirada de Pujol y Maragall, la política catalana queda huérfana de líderes. Los perfiles técnicos y de gestión toman el relevo de los que comandaron la Transición.

Una nueva generación con menos carisma

Escriben Manel Manchón y Joan Foguet

Aburrido y sin enganche popular, aunque con el compromiso de gestionar sin sobresaltos. Eficacia y rigor, con algunos destellos de pasión. Así se presentan los dos nuevos dirigentes de la política catalana, José Montilla y Artur Mas, respectivamente. Las elecciones del próximo otoño al Parlament de Catalunya marcarán un hito importante en la historia reciente, porque se pasa página a los mandatos de Jordi Pujol y Pasqual Maragall, dos pesos pesados que protagonizaron la transición y los primeros años de la democracia, en la Generalitat y en el Ayuntamiento de Barcelona.

Aunque la reivindicación catalanista o nacionalista no quedará en el olvido, la aprobación del Estatut marca una nueva etapa. Y aparecen políticos más jóvenes. En el PSC, que ha temido afrontar una renovación que sí ha hecho CiU en los últimos años, existe una cantera de políticos que han podido crecer al frente de los ayuntamientos. Pero en primera fila, en los próximos años, estarán Antoni Castells, que siempre se ha movido dentro del sector más catalanista del partido, y Montserrat Tura, una de las figuras que despiertan más estima entre los socialistas. Junto a ellos, y como patronos de la nave del PSC, seguirán Miquel Iceta y José Zaragoza, que se manejan siempre entre cifras, porcentajes, encuestas y que mantienen el teléfono conectado con el Gobierno. Estos últimos días ha empezado a sonar con fuerza el nombre de la vicepresidenta primera del Congreso de los Diputados, Carme Chacón, que podría ir de número dos de Montilla. Su perfil también es más bien de gestión y muy de partido. Además, también es del lobby socialista del Baix Llobregat.

Enfrente o al lado tendrán a Artur Mas, Felip Puig, David Madí o Antoni Vives. Los dirigentes convergentes forman parte de una generación que tiene un acento liberal, nacionalista, pero más cerca de las experiencias de gobierno de países como el Reino Unido o Suecia. Cabe no olvidar a los miembros del llamado *pinyol* soberanista que también tienen influencia en las decisiones de Artur Mas. Es el caso de Oriol Pujol y de Francesc Horns, que tanto reconocimiento ha ganado en el partido gracias a su labor en la negociación del Estatut, en su fase del Parlament.

Más, que está de precampaña poco disimulada, afirmó que si llega a la presidencia de la Generalitat, el 60 por ciento de los consellers que nombre no habrán ocupado ya este cargo. Es decir, el presidente de CiU no corta del todo con el pujolismo, a la vez que pretende mostrar una imagen de renovación. De momento, eso no se puede ver aún en las listas que presentarán los nacionalistas para el Parlament, pero está casi confirmado que la número dos de CiU será la ex consellera Núria de Gispert. La renovación que quiera Mas se verá más tarde. De Gispert también es perfil técnico. Sean de la generación que sean, los políticos se están volviendo grises.



José Montilla.



Artur Mas.



Antoni Castells.



Felip Puig.



José Zaragoza.



David Madí.



Montserrat Tura.



Núria de Gispert.

Los demás, con los mismos líderes y sin caras nuevas

Los otros tres partidos del arco parlamentario catalán -ERC, ICV y PP de Catalunya- no realizarán demasiados cambios de cara a las próximas elecciones catalanas. Esquerra ha ensamblado el tandem Carod-Puigueró para tratar de cohesionar a su electorado. Las listas de los republicanos no darán ninguna sorpresa y se

mantendrán los nombres que ya están en el Parlament. También habrá continuidad en ICV. La formación ecosocialista, compañera del PSC en la andadura del Govern de izquierdas, vuelve a depositar su liderazgo en Joan Saura. El cartel electoral no variará mucho sus componentes, aunque es previsible que su socio, EUIA, quiera más

presencia. En el PP catalán, Josep Piqué se mantendrá en la presidencia y las listas no sufrirán muchas modificaciones, aunque no se descarta algún fichaje de un independiente. Los populares deberán celebrar otra batalla entre los seguidores de Piqué y de los hermanos Fernández Díaz, con el arbitraje de Génova.

ANÁLISIS

El modelo de los países nórdicos exige disciplina y altos impuestos.

El rostro triste del bienestar

La austeridad bien entendida tiene un valor positivo, pero depende de forma clara de los posos culturales de cada comunidad. En los países europeos, las diferencias culturales son manifiestas, aunque se haya tratado de caminar juntos y de instaurar unas instituciones políticas que busquen una mayor cohesión de sus sociedades. Algunos economistas, como Xavier Sala Martín, han apuntado una cuestión que puede ser determinante en los próximos años. Cómo pueden mantener los países europeos sus altos niveles de bienestar si reciben cada vez más inmigrantes que transforman sus sociedades más o menos homogéneas en conglomerados de individuos que tienen diversas concepciones del bien. Ese es el gran reto de los que piensan y gestionan las políticas sociales. La austeridad de la que se hablaba al inicio la comparten los ciudadanos de países tan homogéneos, hasta ahora, y tan pequeños como Dinamarca, pero ¿hasta cuándo serán capaces de mantener las trabas a la inmigración? El Centre d'Estudis Jordi Pujol ha publicado un estudio sobre el modelo de bienestar de los países nórdicos y las reformas que han acometido para tratar de garantizar su futuro. El ex consejero de trabajo y asuntos sociales de las embajadas de España en los países nórdicos, Josep Maria Servitje, ha



Manel Manchón

analizado sus características. Es cuanto menos curioso ver cómo reacciona el experto cuando alguien alaba en su presencia el modelo de Dinamarca, por ejemplo. Pregunta si el interlocutor estaría dispuesto a pagar un alto nivel de impuestos, con un IVA del 25%, con un tipo marginal de la renta del 64%, y con un tipo medio de casi el 50%. Insiste si se estaría dispuesto a vivir austeramente, porque, aunque los ingresos son altos, el drenaje fiscal es tan fuerte que la renta disponible es de las medias en Europa. Sigue Servitje si el admirador del modelo danés renunciaría a los dos o tres coches por familia, porque la compra de un coche está penalizada con más de un 100% de impuestos. También se debería renunciar a la segunda o a la tercera residencia porque, sencillamente, no se la podría pagar. A cambio, la red social es enorme, con un sistema educativo de los más avanzados del mundo. Servitje apunta que, claro, que lo que pasa es que los daneses son luteranos y ya se sabe, son algo tristes, pero viven bien. Esas diferencias culturales, aunque centradas en el calvinismo, algo más rígido que el luteranismo, las explicaba con enorme gracia Stefan Zweig, en su excelente obra *Castello contra Calvino*. "Ya desde la calle se percibe al primer vistazo en cualquier país la presencia, actual o pasada, del orden calvinista en cierto comedimiento en el modo de comportarse, en una atmósfera en la forma de vestir y en la actitud, e incluso en la sencillez y la falta de solemnidad de los edificios de piedra". Zweig acababa identificando el calvinismo con un refuerzo de la autoridad del Gobierno, en detrimento del individuo. En Dinamarca no ha derivado a un mayor poder del Estado, porque existe una tradición de autonomía local muy importante y con redes de la propia sociedad civil, con una gran solidez del cooperativismo. Pero el modelo exige disciplina, austeridad y un fuerte sentimiento de pertenecer a una colectividad.

¿Catalunya o el conjunto de España podría recoger algunas de esas experiencias? Está por ver. Pero en los últimos años se ha puesto de manifiesto algo que se vio ya en la transición. España, pese a esa característica cultural que hace a los españoles ser recelosos del modelo de Estados Unidos, es uno de los países que recibió con más alegría, ya desde los años 50 y 60, las bases de un modelo capitalista muy individualizado. A las preguntas de Servitje, muchos de sus potenciales interlocutores le dirían que no, que no desean acabar teniendo ese rostro compungido del bienestar de los daneses.